

## **Yo, futbolista**

Myriam tampoco recuerda cuándo comenzó a jugar al fútbol. «En el colegio, supongo». Ni recuerda cuál fue su primer balón. Encoge sus hombros y bate la cabeza de un lado para otro. Sus padres tampoco recuerdan bien cuál fue. Debió de ser alguno de la tómbola, de esos pequeños de plástico, de los de toda la vida; uno que le había dado su abuelo. Lo que es seguro es que Myriam no debía abultar mucho más que el balón cuando comenzó a darle patadas. Casi se le quedaba enganchado entre las piernas de lo chiquitita que era. Su padre recuerda uno amarillo, que estaba roto, pero que era el que le gustaba. Myriam tenía otros balones, pero ella sólo quería jugar con el descosido. Así que su padre tuvo que desinflarlo y remendarlo.

Luego vino el de la Liga, que pidió con esa insistencia de quien sabe que tarde o temprano conseguirá su objetivo. Al final, el balón de la Liga llegó a los pies de Myriam cuando fue sustituido en los escaparates por el de la nueva temporada. Hoy hay como diez en casa. Myriam ha querido jugar al fútbol desde siempre. No se acuerda pero así es. Desde siempre.

Cuando a los cinco años —verano de 2008— les dijo a sus padres que quería jugar al fútbol, fueron a apuntarla al Lagunak, el equipo de su barrio, Barañáin. Las pruebas de admisión a esa edad sólo consistían en que hubiera las participantes suficientes para formar un equipo. Al ir a hacer el registro, su padre se encontró con que su hija no podía jugar al fútbol por ser precisamente eso, una chica. En el Lagunak, que fue el primer club de fútbol femenino de Navarra, decían que no a una niña de cinco años, y esto hace cuatro días como quien dice, en 2008, cuando se supone que estas cosas ya no pasan. Myriam tampoco se acuerda de esto. Si lo sabe es porque se lo han contado sus padres. Quizá por eso no fue ningún trauma, porque ella disponía de esa inocencia que te hace creer que todo es posible. Así que probaron en la Escuela de la Fundación Osasuna y ahí estuvo durante tres temporadas.

Lo primero que recuerda es estar jugando al fútbol en el patio del colegio y ser la única chica; un comienzo común para muchas. Jugaba con sus amigos. A ellos sí los admitieron en el Lagunak. Ella lo conseguiría con 8 años, lo haría en un equipo de chicos un año menor que ella, porque era una chica.

Entre tanto recuerdo desdibujado lo que Myriam sí recuerda es su primer gol. Se tiraba una falta, desde medio campo, su compañero le pasó el balón, ella lo recibió y chutó. El balón se fue un poco para la derecha y el portero no pudo pararlo. ¡Gol! Era el

día de su cumpleaños, y dice que fue como un regalo. Pero de lo demás ningún otro detalle. Todo eso pasó cuando era muy pequeña.

Myriam habla de fútbol con la naturalidad de quien lleva casi toda su vida jugando, aunque sea una vida de 13 años y aunque está a punto de cumplir 14<sup>1</sup>. Cursa segundo de ESO y quiere estudiar Psicología. No sabe por qué pero le gusta. Sale con su grupo de amigas por ‘Bara’ —Barañáin, un municipio independiente a Pamplona, pero que está pegado, tanto que hasta comparte una calle—. A veces van a Lagunak, otras se quedan por las plazas que se forman entre los edificios de la zona donde vive, o se van a Pamplona, de tiendas. Una vida normal para una niña de su edad, para quien lo normal es jugar al fútbol.

La historia de Myriam es una de esas historias recientes del fútbol femenino español. Niñas que empezaron a jugar al fútbol en el siglo XXI, años en los que el «eso ya ha cambiado mucho» se ha convertido en el mejor resumen de nuestra relación con el concepto de igualdad. Ya saben, ya nada es como hace 30 o 40 años. Afortunadamente.

Cuando Myriam empezó a jugar al fútbol (temporada 2008-2009), en España había 15.771 futbolistas federadas; mujeres, chicas y niñas. 474 eran navarras. Seguro que nadie pensaba en ellas. España estaba ocupada viendo cómo su Selección masculina ganaba su primera Eurocopa. La fiebre del fútbol se expandía como nunca antes y en las gradas, en las plazas y en los bares, las mujeres comenzaban a redefinir el concepto de afición futbolística. Las que jugaban, sin embargo, seguían ocultas. Todavía estaba por llegar el acontecimiento que significaría un cambio en el rumbo del fútbol femenino español, allá por 2012. Siguiendo con la comparación de décadas, ahora son bastantes más las mujeres que juegan. Algo más de 40.000 si sumamos categorías y el fútbol sala. Además, el fútbol femenino ha empezado a beneficiarse de ese valor añadido que resulta de unir las palabras mujer y deporte, creando un concepto atractivo en torno al que desarrollar políticas públicas y con un retorno de la inversión en términos de imagen y reputación bastante interesante para la empresa privada. La coincidencia en el tiempo con los logros deportivos de la Selección Absoluta Femenina y movimientos estratégicos de la Liga ha lanzado al fútbol femenino a las pantallas y con esto se ha abierto el debate sobre la relación mujer-fútbol. Así que sí, las cosas han cambiado y los cambios son evidentes, pero esto aún no se ha terminado.

El Lagunak femenino de fútbol 8 se compone de 13 jugadoras, la mayoría de

---

<sup>1</sup> En el momento de la entrevista, falta una semana para el cumpleaños de Myriam.

entre 11 y 15 años, aunque hay tres de 10 que acaban de entrar en el equipo. De media, emplean de tres a cinco horas a la semana en jugar al fútbol, seis, ocho y más si se juega fuera de casa. Ahora los estudios obligan a Myriam a reservar parte de su tiempo para cumplir con ellos, pero durante esos primeros años, todo era fútbol. Un año llegó a tener todos los días de la semana reservados para el balón: el lunes entrenaba para un torneo; los martes y jueves con el equipo femenino de fútbol 8 de Lagunak, al que le habían convocado a los entrenamientos una vez empezada la temporada al cumplir los 10 años; los miércoles y viernes, con los chicos, el equipo con sus amigos de siempre; el sábado, el partido; y el domingo bajaba a jugar con su padre a la calle. Entonces tenía 10 años. ¿Por qué decir que no a algo si lo podía tener todo?

Como otras —casi todas—, comenzó a jugar al fútbol por iniciativa propia. «Yo, balón», cuenta su madre que repetía cuando tenía que elegir con qué jugar. Otra vez ese empeño irracional con el que despuntan todas las pasiones, porque como la mayoría, es de las que siguen jugando porque el fútbol es lo que le sale. «Porque cuando juego al fútbol estoy feliz, me lo paso bien y estoy con la gente que quiero». No le importaría ser futbolista profesional, pero ya se sabe, hay que ser muy buena para estar ahí; quizá sea mejor que siga con sus estudios, que se dedique a otra cosa, esto sólo es un *hobby*. Esas frases ya suenan de fondo en el relato de Myriam y sus compañeras de equipo aunque aún conservan la convicción de poder salirse con la suya, dedicarse al fútbol.

El entorno familiar de Myriam responde a la tipología de «familia de futbolista», en la que no hay espacio para la tentación de disuadirla de su querer jugar. El padre es un aficionado al fútbol que cuando su hija dijo que quería jugar comenzó a aprender qué era eso del fútbol femenino. Desde entonces fotografía todos los partidos de su hija, actualiza semanalmente una web personal y documenta todas las hazañas que hace la más pequeña de sus hijas. A su madre, de primeras, el fútbol no le interesa. Bueno, si hablamos del que juega su hija, sí, claro. Por eso sólo se ha perdido dos partidos de todos los que ha jugado Myriam. Cada dos domingos, forma parte de esa escasa afición que puebla las bandas del campo del fondo. Su hermana, Esther, pasa del fútbol, tampoco farda de hermana futbolista y ocupa su tiempo en nadar, antes en tocar la trompeta, y en seguir estudiando para convertirse en maestra. Pese a todo sigue de reojo la destreza de su hermana pequeña con el balón.

Myriam mide 1,60. Tiene una larga melena castaña, ojos color miel, grandes y expresivos y un lunar en la frente que la distingue. Aunque no es la mayor del equipo, es la más antigua de la actual plantilla, lo que la ha llevado a convertirse en esta

temporada en la capitana. Lleva el 9 a la espalda, como Torres, su ídolo, y como él está arriba del campo. Aunque ella se pone donde le digan, porque es muy disciplinada y metódica y lo que dicen sus entrenadores es sagrado.

Llega a la cafetería del Lagunak tras el partido, con el pelo mojado, junto a otras dos compañeras del equipo. Acaba de terminar el encuentro contra el Castejón; han ganado 2-0. Van segundas en la clasificación. En cabeza, el Kírol, con quien mantienen un pique típico; por no haberlas ganado aún, por la final del torneo de Navidad en el que fueron ganando todo el partido y en el último minuto les empataron y les ganaron a penaltis; por tenerlas cerca pero que sigan siendo las primeras. El sábado se verán de nuevo las caras y Myriam fantasea con meterles algún gol. Contra el Castejón ha estado a punto en el primer tiempo, pero inmediatamente después ha tenido que pedir cambio porque no respiraba bien. Ha estado constipada toda la semana anterior. Aun así, tras el descanso vuelve al campo y termina dando el pase a Nahia (7) del que sale el segundo gol del encuentro.

Dos mesas de cafetería reúnen a Roberto, su padre, Gemma, su madre, Lydia y Ángel, sus entrenadores, y la madre de Patricia, otra madre de esas a las que el fútbol no les interesa nada, a las que el fútbol les aburre soberanamente pero que bueno, algún partido sí que ve, y a su hija por supuesto. Tanto Myriam como sus compañeras de equipo parecen ajenas a la conversación que se inicia sobre fútbol femenino, aunque rápidas se ponen atentas si se les pregunta.

La charla es de esas en las que se habla de desigualdad, dificultades y discriminación sin eufemismos ni condescendencias. Sobre fútbol, de fútbol femenino, del que no se ve, del que se habla apenas por encima, del que aún sirve de excusa para adornar un 8 de marzo con el consabido partido amistoso. También de ese fútbol comercial, masculino, siempre tan espectacular, mucho más rápido, brillante y televisivo, en comparación con el que juegan las mujeres. De lo odiosas que son las comparaciones, de que si las mujeres son siempre más lentas y lo aburrido de tal afirmación. De los efectos especiales de la tele. Del trasvase de roles de hombres hacia mujeres que parece que coge inercia. De que lograr la igualdad no requiere que seamos iguales...

Hablar de las dificultades que afrontan las mujeres por el mero hecho de serlo, de pequeñas, de adolescentes y de adultas es un tema recurrente también en el fútbol. No es de extrañar dado que la relación de una niña con el fútbol empieza con frecuencia con un hostil «no». Un no que sirve para ponerlo todo en cuestión sobre esa mujer por

el mero hecho de jugar al balón.

«Siempre con el balón». La frase en sí no tiene nada de machista, pero ya suena a reproche. Luego llega el «tú al fútbol, no, que eso es de chicos»; y el «aunque seas muy buena no vas a llegar a nada porque eres mujer». Y ya a partir de ahí, todo coge una inercia peligrosa en la que lo habitual es que siempre haya alguien que te quite esa idea peregrina de la cabeza. Porque sigue pasando, aunque ya no sea lo mismo que antes. Porque las cosas han cambiado, pero no lo suficiente.

Lydia Muruzábal es la entrenadora de Myriam desde esta temporada (2016-2017). Se dice exfutbolista, ya hace un tiempo que forma parte del grupo de las viejas glorias; grupos de exjugadoras que sienten pasión por este deporte y que aunque ya no lo practiquen de manera regular siguen reuniéndose para jugar unas pachangas y ver el encuentro de Liga de turno, mientras cenan, charlan y recuerdan. Cuando Lydia empezó, el panorama sí que era hostil. Tenía 14 años y jugó hasta el 2004. Desde entonces se ha dedicado a entrenar, siempre a chicas, siempre en Lagunak y siempre con la base, pero sintió que necesitaba tomar aire y dejó el banquillo durante cuatro años. En verano de 2016, sus ganas de volver al campo se juntaron con la necesidad en Lagunak de una entrenadora, porque Luis, el anterior entrenador, se iba.

Muruzábal pertenece a ese grupo de pioneras que formó parte del primer Lagunak en 1986. «Eso sí era la guerra». Fueron reunidas por Iñaki Artola y Tito del Barrio<sup>2</sup>, jugaban en la Liga Guipuzcoana porque en Navarra no había más equipos femeninos. Tras esa primera temporada saltaron a Nacional y les tocó jugar en el Grupo catalán. Vete tú a saber cuántas serían las mujeres federadas por entonces. Lo único que querían era jugar, porque les divertía, nadie pensaba en la emancipación de la mujer. Esa perspectiva llega con los años.

Por eso no pensaban en lo que suponía jugar al fútbol en aquella época. Ahora se redimensiona el hecho de que cada dos fines de semana, cuando jugaban fuera, tenía que coger un autobús a las dos de la mañana y sin dormir, jugar el partido y, después, volver para casa. Gestas en unos tiempos en los que todo era contra viento y marea. A las horas de coche y autobús se les sumaba el tener que pelearse por ser las primeras, las raras, las que hacían algo que no había hecho nadie, que se suponía que podían o debían hacer. Entrenaban tres días a la semana. Daba igual la hora que fuera que siempre que

---

<sup>2</sup> *Noticias de Navarra.* Sábado, 31 de diciembre de 2016.  
<http://www.noticiasdenavarra.com/2016/12/31/deportes/futbol/de-futbol-femenino-pioneras>

ellas tenían entrenamiento, surgía que otro equipo, masculino, claro, también quería entrenar. Les dejaban el campo, entonces de tierra, dos días, a regañadientes y con miradas que decían «y estas, qué hacen, que vienen aquí a quitarnos el campo». El tercer día de entrenamiento jugaban sobre asfalto, un terreno perfecto para preparar el último entrenamiento antes del partido.

En algún momento Myriam y sus compañeras conectan con la conversación pero andan ocupadas, con los móviles, etiquetándose en Instagram o Facebook o comentando el último mensaje del WhatsApp. Ángel, el otro entrenador, insiste en la suerte de la coincidencia generacional, pues Lydia, como otras tantas, es un referente del fútbol navarro y del español. Formó parte de las filas navarras durante 14 temporadas, jugó en Nacional, llegó a Super Liga (1ª División), sólo una temporada, y siempre en el Lagunak. Con 17 años fue la primera jugadora navarra en llegar a la Selección, no llegó a esa primera Eurocopa en la que se consiguió el tercer puesto, pero estuvo a punto. Pero ni Myriam ni sus compañeras sabían quién era Lydia cuando les dijeron que iba a ser su entrenadora. Hay tanta diferencia de edad que para ellas Lydia no es ningún referente. No la recuerdan porque no la conocen, ni siquiera han oído hablar de ella. Pero a la diferencia de años entre unas y otras se suma una suerte de apagón informativo por el que la historia del fútbol femenino protagonizada por estas generaciones se ha quedado sin escribir y sin posibilidad de ser transmitida a las generaciones que vengan. Quizás es que no hemos encontrado la forma, el canal o el mensaje, de hacerles llegar la historia que las precedió.

En su tiempo libre, Myriam no hace otra actividad que no sea fútbol. «¿Leer?». «Sí, si me dicen de leer un libro, lo leo». «¿Música?». «No sé. Por ejemplo, me gusta la canción de Maluma, esa que dicen que es muy machista. Mi padre la odia». «¿Y a ti qué te parece?». «Pues que la letra, claro que es machista, pero el ritmo me gusta».

Contradicción quizá sea la palabra para definir el estado en el que una o uno se encuentra durante la adolescencia, unos años en los que todo es sí y no al mismo tiempo, y justo lo contrario sólo unos minutos después; en la que sólo hay tiempo para lo que sea mientras se dé salida a los vapores de esa ebullición hormonal y neuronal en la que se vive entre los 13 y los 17. Cómo no van a darse las contradicciones, por otra parte, si vivimos un tiempo que nos acribilla a impulsos emocionales repletos de *packagings* para episodios de depresión post-todo, a ansiar la recompensa inmediata, a sumarnos a la ideología de no tener ideas pero a declararnos fans incondicionales de cualquier cosa, a denunciar la violación de derechos fundamentales con me gustas y

*hashtags* lavaconciencias. De qué otra forma se puede explicar que la canción de Maluma conviva en estas adolescentes con su pasión por el balón, al tiempo que ellas mismas son cuestionadas por una sociedad que se mueve a ritmo de reggaeton

Myriam no falta a ningún entrenamiento. Su madre recuerda las únicas dos veces que ha faltado a entrenar; por haber estado enferma y por un par de lesiones. Comprometida con pocas cosas como con el fútbol, es una actitud que comparte con sus compañeras; esas con las que intercambia mensajes ocultos en miradas y gestos cómplices que las personas adultas no entienden.

Ser futbolista significa que lo que se quiere es jugar, y en la mano del equipo técnico está la virtud de saber frenar ese frenesí por saltar al campo antes de tiempo, cuando hay alguna lesión. Se vuelve a manifestar esa inconsciencia, una indiferencia aparente ante cualquier cosa que coarte los deseos, esa despreocupación por nada y todo que se muestra durante la adolescencia, que sirve como escudo para el tránsito desconocido hacia la adultez temprana, que tiene bastante poco de adulta y mucho de temprana, y que se ha convertido en un problema de reputación y de mala imagen para esa etapa en la que todavía no se sabe lo que se quiere. A pesar de que hemos comprado la idea de que las y los adolescentes son impertinentes por defecto, es en esa época cuando se aprende a mostrar afecto y a prestar atención a esos impulsos de interés por las cosas, a veces por muchas y otras, sólo por una.

Lydia y Ángel quieren que de sus entrenamientos las chicas aprendan y jueguen, pero sobre todo que se diviertan. Porque qué hay mejor que jugar, cuándo compramos la idea de que de mayor no se juega, de que las chicas no jugamos. Quizás el mismo día en que escuchamos lo de «tú no puedes porque eres mujer». Y en esa desidia mental en la que parece atrapada nuestra capacidad como sociedad para contraargumentar, acomodados en la generalidad, tragamos con que las cosas han cambiado hasta empacharnos, y mientras digerimos y nuestra conciencia se echa la siesta pasan desapercibidos los detalles, que a las niñas y a las chicas, aquí, en la España del siglo XXI, en la que todo es *fucking amazing*, les seguimos diciendo que no pueden jugar al fútbol, que nada de lo que hagan valdrá para que obtengan su recompensa si lo que quieren es ser futbolistas; que en el momento en el que tengan que elegir, la opción del fútbol no será la más popular, ni la más fácil —o al menos no tan fácil como coger el balón y bajar a la calle jugar—; que el reconocimiento llegará tarde, si es que llega; y que si no se sienten bien con cómo los demás les juzgan por jugar al fútbol, que se lo hubieran pensado antes y hubieran elegido otra cosa.

Las cosas han cambiado mucho, esa aparente igualdad que algunos piensan que nos han regalado no deja espacio para las que tienen problemas. Nos dicen que son pocas y por unas pocas no vamos dejar que se estropee esa imagen de sociedad igualitaria y porque lo que importa es lo que nos sirve para generalizar con el «todo fenomenal», da igual si va bien o va rematadamente mal. Por eso parece no importar si a una niña sus compañeros de colegio no le dejan jugar al fútbol, la impotencia que sienta frente al desprecio, frente al tú no. Ese es el coste de haber comprado una igualdad en promoción.

Ioane juega con Myriam, lleva apenas esta temporada en el Lagunak. Antes jugaba en el colegio. Jugar es un decir, porque sus compañeros de patio parecían no estar muy a favor y no la dejaban. Y no jugaba a no ser que ella se pusiera a incordiar o se jugara con su balón. Por tan cuestionable comportamiento, esos chicos no recibieron ni el más mínimo toque de atención, aun habiendo sido advertidos los profesores por una Ioane que sabía que eso no estaba bien.

A Myriam ninguno de sus compañeros le dijo nunca nada. A Paula, la centrocampista (8) del Lagunak, tampoco. Nunca han tenido problemas en el patio del colegio por jugar al fútbol.

La aparente desafección que Myriam, Ioane y Paula muestran cuando se aborda todo este asunto sobre discriminación y machismo desaparece cuando se les presenta el hipotético caso de que tuvieran que verse en la lucha de ganarse el campo. «¿Y si estáis jugando en el campo y vienen unos chicos y os dicen que os vayáis u os empiezan a molestar para que dejéis de jugar?». «Pues nos quedamos y les decimos que estábamos ahí antes. Y si hay espacio para jugar, pues jugamos todos». Decididas, convencidas y valientes.

Myriam y sus amigas tienen 14 y 15 años. Todavía tienen tiempo antes de tomar la decisión que significará el punto y seguido a sus vidas. Entre sus planes está el de ir a jugar a Estados Unidos o Inglaterra, no saben, «pero en alguno de los dos países, porque ahí hay becas y se puede jugar». Hoy, ellas sí lo tienen claro pese a las voces que les siguen diciendo que no, que eso como *hobby*, si acaso.